

Vera Mayra Méndez y Marta Rivera
Universidad de Costa Rica

***HIJO DE HOMBRE DE ROA BASTOS:
UNA DICOTOMIA SOCIOPOLITICA***

Esta novela conforma un microcosmos, en el cual el sustrato ideológico se fundamenta en la confabulación del poder dictatorial, la casta militar y la jerarquía eclesiástica, para esclavizar, sojuzgar y minimizar a los seres que lo pueblan, en clara homologación con el hombre latinoamericano, inserto en las dictaduras.

Por plantear un enfoque muy especial del fenómeno sociopolítico de la dictadura del Paraguay, puede afirmarse que el eje semántico dialéctico, en el que se basa su coherencia, descansa, fundamentalmente, en la oposición dicotómica opresores/oprimidos.

Esa oposición binaria, que a su vez ordena y sostiene el relato, genera otra serie de oposiciones íntimamente relacionadas con ella y que ayudarán en la conformación del espacio sociopolítico y cultural que enmarca la historia planteada.

En la primera de las nueve historias, que Miguel Vera —narrador de la diégesis— relata, se concretiza ya este primer binomio de opósitos. Señala el narrador:

*“Quizás no era más que el origen del Cristo del cerrito, lo que había despertado en sus almas esa extraña creencia en un redentor harapiento como ellos, y que como ellos era continuamente burlado, encarnecido y muerto, desde que el mundo era mundo. Una creencia que en sí misma significaba una inversión de la fe, un permanente conato de insurrección.” (14)**

Puede observarse, en el texto transcrito, que el hombre humilde del Para-

* Todas las citas del presente trabajo fueron tomadas de la edición de Augusto Roa Bastos, *Hijo de hombre*. (Buenos Aires: Editorial Losada, sexta edición, 1976). Por tanto, únicamente aparecerá, en cada cita, el número de página entre paréntesis.

guay, representante del hombre latinoamericano “burlado, escarnecido y muerto”, se coloca entre las víctimas del sistema dictatorial.

Vera toma la religión —y precisamente a Cristo— para lograr el parangón entre los sacrificados campesinos y la figura representativa de un código religioso que conforma el macromundo, Jesucristo, quien, de igual manera, fue víctima de una casta poderosa.

En esa primera parte del relato, el liberto Macario Francia se identifica con los degradados; es un viejo mendigo, de aspecto macilento, casi ciego, de quien el narrador destaca su condición de extrema insignificancia física: “Un puñado de polvo lanzado por la mano de un chico podía borrarlo.” (38). Su muerte conduce al lector a detectar con mayor acierto, la condición social que intensifica el dominio de la clase poderosa sobre los menesterosos, lo cual, a la postre, desemboca en la dicotomía planteada.

Pero en quien se da con mayor énfasis dicha dicotomía es en el sacristán de la parroquia, cuando es enviado, nada menos que por el señor cura, a quemar la imagen del Cristo de Itapé.

Es tal el impacto emocional sufrido por el sacristán que —después de ver fallido su intento y de observar la fe con que el pueblo, en su lucha contra los opresores, defiende la sagrada imagen— toma una decisión fatal: se suicida; única salida para expiar su pecado de traidor.

“El deshilachado cabo de sogá oscilaba delante de los ojos arrasados en lágrimas. Cuando el zumbido acabó de morir en el hierro, se le escapó un sollozo por entre los dientes apretados.” (36)

Resulta muy importante destacar, en el paradigma de los opresores, como primer elemento constitutivo de él, la figura del dictador Dr. Francia, a la que se alude únicamente en esta primera parte del relato. Representa la casta militar, dueña total del poder, y por ende la que aplica, en forma irrestricta, el absolutismo bárbaro, que implica el aniquilamiento de los dominados, por medio de la sustentación de los recursos del método dictatorial: “Veíamos los sótanos oscuros llenos de enterrados vivos, que se agitaban en sueños bajo el ojo insomne y tenaz.” (15)

La siguiente escala de calificativos evidencia, de manera muy clara, la condición corrupta de la clase opresora: lascivos, crueles, hipócritas, vengativos, manipuladores del poder, alienantes, traidores, injustos, violentos, prostituidores y usurpadores de los derechos del hombre. Estas cualificaciones se deducen del relato y se presentan en las tres clases que conforman la sociedad poderosa del microcosmos: militares, jerarquía eclesiástica y dictadura. Algunos ejemplos basta-

rán para justificar esta escala.

“Cuchuí tenía entonces tres años. . . Los agentes se divertían con él como un animalito. . . Cuando lloraba mucho el propio Melitón lo metía a patadas en el calabozo donde encerraban a los infractores.” (261)

“Una silueta ensotanada entró en el calabozo. La mancha negra se movía a ciegas en la oscuridad buscando al preso. . . Los pies tropezaron contra la pesada madera del cepo. Se le escapó una palabrota, que estrangularó en un siseo piadoso.” (98)

“Cherú Pilar me pegó los cincuenta azotes, uno por uno, con una rama de guayabo mojada en vinagre y sal. Yo aguanté los primeros sin llorar, pero antes de desmayarme le vi a taitá los ojos blancos del dolor que yo sentía. Yo era el más querido de sus hijos. Un poco después pateó a Sultán, que era el más querido de los perros del Karai. Entonces lo hizo apresar y mandó al verdugo de la cárcel que le diera cien palos con la misma vara. Taitá estaba como loco. Unos días más tarde se insolentó con el guardián del calabozo. Esa dicen que fue su culpa. Entonces lo mandó ajusticiar junto con otros conspiradores, en la cárcel.” (17)

Las tres citas anteriores implican el trinomio de los grupos que conforman la clase de los opresores, en ellas son obvias la crueldad, la hipocresía y la violación de los derechos humanos.

Los habilitados de la industria paraguaya, al servicio de una transnacional, así como las leyes, están al servicio de la alienación que atenta contra el ansia liberadora del campesino; todo por lograr el auge de empresas que sangran el país. Así, las leyes, lo más sagrado de un sistema de gobierno, que deben estar inspiradas en el bien común de los pueblos, son manipuladas para alienar a quienes las deben cumplir, colocándolos al servicio de causas foráneas:

“Tenían carta blanca para velar por los intereses de las empresas, aplicando la ley promulgada por el presidente Rivarola, un poco después de la Guerra Grande, ‘por la prosperidad y progreso de los beneficiadores de yerba y otros ramos de la industria nacional. . .’ Actuaban, pues legalmente, sin una malignidad mayor que la de la propia ley. . . El peón que abandone su trabajo sin el consentimiento expreso de una constancia firmada por el patrón o capataces del establecimiento, será conducido preso al establecimiento. . .” (81)

La traición se personifica en Atanasio Galván, extelegrafista, quien, por haber delatado a los revolucionarios, había ascendido a máxima autoridad del pueblo. Eso ocurrió cuando los agrarios se sublevaron y fueron acallados por una

explosión que destrozó, además de los vagones del ferrocarril en que iban los insurrectos, a gran cantidad de víctimas inocentes, incluidos niños, mujeres, ancianos y hombres.

“El telegrafista Atanasio Galván, con la barrita amarilla del Morse avisó al cuartel de Paraguari, en poder de los gubernistas, lo que se tramaba. . . – ¡Yo los derroté! – solía jactarse–. ¡Mi probada lealtad al partido! . . . El telegrafista convertido en jefe político por su ‘heroica’ acción de contribuir a defender el orden y a las autoridades constituidas. . . presidió los últimos fusilamientos en masa.” (49)

La traición de Galván, miembro del pueblo, es un acto degradante que se da por su afán de escalar posiciones, sin importarle el sacrificio de una serie de códigos que conforman el verdadero espíritu ciudadano de los habitantes del pueblo.

El despotismo y la injusticia social se encausan, en el microcosmos de **Hijo de hombre**, directamente contra seres inocentes: los niños, mercedores de afecto y respeto en cualquier sociedad que se precie de justa; los artistas, fieles representantes de la cultura autóctona del pueblo —de la autenticidad del ser latinoamericano— y los campesinos; tres grupos que pertenecen a la parte mayoritaria de la formación social de nuestra América.

El paradigma de los opresores conlleva, como rasgo dominante de su personalidad actancial, el carácter de usurpadores, no sólo del poder sino también de los derechos inalienables del individuo. Así, en el régimen representado en esta novela, de manera homóloga a la realidad paraguaya y a gran parte de la latinoamericana, el gobernante usurpa el poder y lo asume con derechos omnímodos, incluso dispone de la vida humana, la cual es pisoteada constantemente; además desconoce la dignidad del ser humano hasta el grado de animalizarlo.

“Casiano Jara y su mujer Natividad llegaron a Takurú-Pucú en uno de los arreos de hacienda humana que hicieron los agentes de la industria.” (82)

Asimismo, en el universo novelesco se conjuntan la prostitución del poder político con la prostitución de la mujer, pues los ostentadores de él degradan a las campesinas, a veces aún niñas que, ingenuas e ignorantes, pasan a servirles.

Conformado el paradigma de los opresores, por medio de la instancia narrativa y la voz de los personajes, éstos remiten al análisis del elemento opuesto de la dicotomía: los oprimidos. Así, las condiciones propias de los personajes del pueblo que, aún sojuzgados, se oponen a las castas militar, religiosa y a la

dictadura, pueden calificarse de la siguiente manera: rebeldes, activos, disconformes, aguerridos, valientes, solidarios, trabajadores, sacrificados, luchadores y creyentes en una religión humanizada.

Al inicio de la historia, se patentiza el sentido religioso que el creador imprime a la obra. Los personajes, representados por Macario Francia, creen en una religión humanizada. La efigie del Dios-Hombre está presente en el Cristo de Itapé, que refleja la figura de un leproso.

“En verdad la facha del Cristo no impresionaba nada bien. Le faltaba el pelo. Las vetas de la madera le jaspeaban la cara y el pecho de manchas escamosas y azules.” (31)

Disconformes con la imposición del poder por la fuerza de las armas, estos personajes de espíritu aguerrido, a pesar de que al final son sacrificados, luchan contra el régimen en diferentes momentos:

“El país es un gran cuartel. Los militares están mejor que ninguno. —Sí, pero hay una revolución cada dos años. . . — Pero en cada revolución mueren más particulares que milicos.” (62)

El espíritu de solidaridad humana se manifiesta en estos seres que, limitados al máximo por la estrechez económica y cuando pareciera que no pueden compartir otra cosa que no sea su miseria, están prontos a ayudar a sus semejantes.

Cristóbal Jara y Saluí, su compañera, no vacilan en ofrendar sus vidas en pro de los demás, cuando deciden llevarles agua a quienes han quedado sitiados y sin provisiones en un lugar inhóspito. Este acto de valor constituye uno de los más altos grados de solidaridad que se patentizan en la diégesis narrativa.

“¡Hay que seguir! . . . ¡Tengo que llegar! . . . —mascullaba Cristóbal con el semblante crispado en una tensión obsesiva, bajo su máscara enchastrada de tierra y de sangre.” (249)

Cabe concluir la caracterización de estos seres sojuzgados, señalando que el heroísmo y valentía con que se enfrentan al aparato político-social que los gobierna, refuerzan, en forma evidente, su condición de personajes dinámicos.

El análisis de **Hijo de hombre** ha permitido encontrar algunos mitos que fortalecen la hipótesis de que el sistema que gobierna su universo contribuye a marcar la línea o eje semántico en el relato: opresores/oprimidos.

Cuando el creador se refiere al poder militar, lo plasma con toda la crudeza

con que sus componentes actúan en el devenir de la diégesis. Esta manera de atacar el mito de dicho poder, deja claramente sentada su desmitificación, la que pretende lograr el aborrecimiento de los militares por parte de los pueblos. Mediante el narrador, se pone de manifiesto que este poder es un instrumento de represión para acallar el espíritu de libertad de los grupos populares:

“El cargamento de carne rebelde puesta en vagón, ya estaba en viaje. Pero seguían buscando a ese único hombre que había hecho la hazaña de escarpárseles de las uñas desluciendo poco la brillante acción de la caballería de Paraguari.” (141)

Asimismo, a través de la memoria de Macario, se presenta la figura del dictador, que conlleva el prototipo del intelectual que, por considerarse un ser privilegiado, pretende gobernar el país por medio de su mente superior y resolver así los problemas. De esto resulta una total incompreensión entre los gobernantes y los gobernados.

Finalmente, el poder religioso, que junto a los dos anteriores conforma el poder totalitario, revela también condiciones negativas que se manifiestan ya como acción manipuladora —cargada de hipocresía—, ya como instrumento aliado del pueblo.

En otro de los mitos se esgrimen, como armas defensivas del sistema, la fuerza bruta, que emana del ejército y que aparece representada por una descarga de explosivos, y los fusilamientos:

“No todos los sobrevivientes de la terrible masacre consiguieron escapar del degüello y de los fusilamientos en masa que remataron la acción punitiva del gobierno.” (82)

Del estudio de algunos de los mitos presentes en el universo narrativo, y su desmitificación, se desprende la clara denuncia del narrador, de una serie de hechos que enfrentan al hombre latinoamericano con las condiciones de los sistemas políticos imperantes que tienden a sojuzgarlo y minimizarlo, al colocarlo dentro de la dicotomía opresores/oprimidos.

A raíz de la evolución de tales mitos, surge la conciencia real, la cual plantea la visión de mundo que se sustenta en la confabulación de los tres poderes dominantes, enfrentada a la conciencia posible, constituida por la visión de mundo de los seres esclavizados, que buscan liberarse de un sistema que les niega los derechos esenciales del ser humano: educación, libertad de expresión, jornadas laborales dignas y remuneradas justamente y, en fin, la participación en una sociedad que sea reflejo de una verdadera justicia social.

Es el narrador Miguel Vera quien, al finalizar el relato, se hace eco de esa conciencia posible:

“Pienso en los otros seres como ellos, degradados hasta el último límite de su condición, como si el hombre sufriente y vejado fuera siempre y en todas partes el único fatalmente inmortal. . . . Alguna salida debe haber en este monstruoso contrasentido del hombre crucificado por el hombre. Porque de lo contrario sería el caso de pensar que la raza humana está maldita para siempre, que esto es el infierno y que no podemos esperar salvación.” (279)

También en esta parte del relato se presentan, con gran evidencia, las categorías significativas estructurales de la obra, que descansan en lo político y en lo económico y por ende en lo social.

La primera estructura la conforman los opresores: el dictador, la casta militar y la jerarquía eclesiástica, además de quienes les rinden vasallaje y por ello se convierten en una especie de señores feudales. La económica descansa en el poder absolutista de las clases adineradas y dominadoras del aparato industrial —nacional o foráneo— que es fuente de riqueza. Los oprimidos constituyen el otro polo de la dicotomía.

La visión de mundo coherente se resume en el sojuzgamiento del hombre por el hombre, hecho estimado esencial para mantener el sistema político y económico y el cual aparece respaldado por el orden jurídico y por la autoridad.

En la historia de Latinoamérica, se destaca un hecho de suma importancia político-social: la presencia de los dictadores, quienes emergen como resultado del caudillaje.

Esa figura nefasta, que aún persiste en varias naciones latinoamericanas, tuvo un representante tipo en el Paraguay: el Dr. Francia. Fue un déspota, gobernó ese país durante veinticinco años, con mano férrea y se mantuvo en el poder mediante el terror. Irrespetó las leyes, a pesar de su formación jurídica, amordazó la libre expresión y atropelló la cultura, pese a ser un hombre culto, y ahogó en sangre las variadas sublevaciones del valiente pueblo paraguayo.

Este dictador está presente en el microcosmos de **Hijo de hombre**, como una reminiscencia propia del relato. Pero no sólo ese tirano representa el sistema dictatorial del mundo narrado; también es obvia la presencia de los militares, de grupos económicos copartícipes del poder y de otros gobernantes, cuyos intereses estuvieron a la par de los poderosos y en contra del pueblo.

El poderío militar es evidente. La represión ejercida por el ejército es brutal; reprime, condena y ejecuta, sin que los hombres tengan ninguna posibilidad de defensa: “¡Usted es un miserable! —barbotó el capitán—. ¡Lo entregaré a la justicia militar! ¡Veremos cómo se defiende!” (145)

La estructura económica está basada en el enriquecimiento de grupos privilegiados, formados por los gobiernos de turno, los militares, los empresarios y hasta la jerarquía eclesiástica, la cual, en el mundo novelesco, no tiene ningún interés en aplicar la verdadera doctrina cristiana.

Ante tal situación, que se puede homologar con la verdad histórica del Paraguay, uno de los países más pobres del Continente Americano, los infortunados hijos del pueblo están inmersos en un mundo degradado, en el cual la educación, la salud, el arte y la cultura en general, además de la asistencia técnica en diferentes campos de suma importancia para los campesinos, como la agricultura, constituyen prebendas para los poderosos.

Situaciones tan dolorosas como las que se retratan en **Hijo de hombre**, contribuyen a conformar el oscuro marco social en que se desenvuelven las dictaduras latinoamericanas. Evidentemente, también la estructura político-económica de la nación paraguaya se homologa con la misma estructura del mundo narrado. Por otra parte, entre las coordenadas históricas de esa nación, presentes en la obra, se explicita la lacra social constituida por la lepra, que sufren cientos de hombres, mujeres y niños, flagelados por una de las más crueles enfermedades, producto evidente de la ausencia total de programas sanitarios dedicados al pueblo; pues Paraguay tiene uno de los índices más altos de lepra, a pesar de que ya casi ha sido eliminada de otros países, gracias a los avances científicos en el campo de la medicina.

La Guerra de la Triple Alianza y la Guerra del Chaco, conflictos bélicos en que participó ese país, también forman parte de la trama novelesca, en la cual se manifiesta la simpatía del creador por sus compatriotas humildes, a quienes conforma como valerosos, trabajadores, oprimidos la mayoría de las veces, pero aún así poseedores de un espíritu rebelde, siempre latente, que constituye la conciencia posible y con ello la esperanza de liberación de ese noble pueblo; lamentablemente todavía oprimido por una larga y cruel tiranía: la dictadura del General Alfredo Stroessner.

CONCLUSIONES

Después de efectuar un análisis estructuralista genético —resumido en esta ponencia— de la novela **Hijo de hombre**, de Augusto Roa Bastos, se plantean las siguientes conclusiones:

1. El eje semántico sobre el que descansa la obra está constituido por la dicotomía dialéctica opresores/oprimidos.
2. La esencia de la dictadura, como usurpadora del poder y violadora de los derechos del hombre, es evidente en el relato.
3. El sojuzgamiento del hombre por el hombre, que mantiene el sistema político y económico imperantes, determina la visión de mundo coherente de la obra.
4. La estructura económica está basada en el enriquecimiento de grupos privilegiados.
5. Los hechos del relato se pueden homologar con la verdad histórico-social del Paraguay, puesto que en ambos universos, los campesinos, obreros y meneses, están inmersos en un mundo degradado, en el cual la educación, la salud, el arte y la cultura les están negados, por constituir privilegios para los poderosos.
6. Rebelión, solidaridad, vida, muerte encarnan el sentido de la novela, cuya literariedad se demuestra con la desconstrucción de los mitos presentados.
7. Con esta novela, Roa Bastos deja sentadas las bases para que otros escritores paraguayos denuncien la realidad sociopolítica de su patria.
8. Puede afirmarse que **Hijo de hombre** es una joya de la literatura representativa de nuestro vilipendiado mundo americano y del ser humano que en él habita.